



NUEVOS VILLANCICOS

A LA VENIDA DEL NIÑO JESUS

6

LOS MISTERIOS DE BELEN.

En los valles de Judá
entre el Jordan y el desierto
un Hombre y una Mujer
caminando van por cierto.

Una mañana muy fria,
y del alba al sonreir,
en amable compañía
les fue preciso partir.

Aunque solos parecian
los dos ilustres viajeros,
millares de gerarquías
paso á paso van con ellos.

Pareció el sol que vertia
aquel dia sus torrentes
mas hermosos que otros dias
sus rayos mas refulgentes.

Por do quier que caminaban
los dos felices Esposos,
tempranas rosas brotaban
de los áridos abrojos.

Arrayanes escondidos,
arroyuelos solitarios,
dos serafines del cielo
cruzan por vuestros collados.

Si mil voces melodiosas
en los aires resonaban,
son cantares del Olimpo
que los céfiros cruzaban.

Si la estacion les envia
sus destellantes rigores,
por donde pasa MARIA
reviven todas las flores.

Al concluir la jornada
la noche tendió su manto;
y ajeno á todo quebranto
le dice á su Esposa amada:

Por mí no siento rigores,
pero sí al verte sufrir
síntome el alma partir
con los mas grandes temores.

Desde el alto firmameuto
una choza les depara,
y en ella tomó aposento
esta Familia Sagrada.

Sepultada en dulce olvido
quedó la naturaleza
al ver que tanta belleza
en un portal se ha escondido.

¡Oh noche muy venturosa,
oh noche que jamás pasa,
noche de todos los tiempos,
noche buena, noche santa!

Aquella noche divina
la tierra ocultó sus manchas,
la revistió la natura
de alfombra esmaltada y blanca.

A las doce de la noche
el mundo ya se salvó,

y del vientre de una Vírgen
un Infante la luz vió.

Arpas de David, vibrad,
cantad musas de la gloria,
sellad blancos querubines
las páginas de la historia.

Angélicas gerarquías,
grandezas del universo,
astros de la region santa,
rendid al Infante tierno.

De los cielos descendió
una misteriosa estrella
y en la gruta se fijó
muy resplandeciente y bella.

Corre veloz polo á polo
esta rara maravilla,
y acuden del mundo todo
á doblarle la rodilla.

Crecieron los pajarillos
entre aquella flor temprana
y el rosal de Jericó
desarrolló su fragancia.

Las madres besan sus hijos,
los pastores se alegraron,
las zagalas se enamoran,
se enternecen los ancianos.

¡Qué arcano, qué maravilla!
desde un tan modesto lecho
una Vírgen sin mancilla
á todo un Dios da su pecho.

El gran suceso del mundo,
el arcano del Tabor,
el misterio incomprensible
al fin se verificó.

Gloria á Dios en las alturas
paz y eterna bendicion
cantando al Hombre en la tierra
Santo Dios de Sabaoth.

Cantemos la Noche-Buena
con regocijo y humor,
diciendo mil veces Santo,
Santo Dios de Sabaoth.



LOS CANTARES.

Cantaban el ruiseñor
con grata melodía
de aquel dichoso día
las glorias del Tabor.

Una limpia mañana
por Dios que amaneció
después de aquella noche
que el orbe se salvó.

Los cielos y la tierra
lentos de resplandor,
los aires se perfumaban
de fragante arrebol.

Con regocijo y pena
contemplaban tal belleza
en una humilde cama
en medio de la pobreza.

El Dios de las alturas,
majestad humanada,
elije por morada
un humilde portal.

Oyese una plegaria
de un bello querubín...
la Madre que arrullaba
su tierno Benjamin.

José llora de gozo,
el Infante dormía,
los ángeles le guardan,
la Madre sonreía.

Desde el trono elevado
del Dios omnipotente
un rayo refulgente
al portal descendió.

Anuncia al universo
que el Dios de las alturas
para sus criaturas
es el que allí nació.

De la inmensa colina
del valle de Sion
con otras avejillas
su vuelo descendió
el águila, y cantaron
las glorias del Tabor.

El cefirillo inquieto
y algo murmurador,
el ámbar destilaba
de la pulida flor.

De la lana tejida
y del musgo el vedor
trepa saltando alegre
el tierno mamanton.

El cisne entre las oncas,
la cierva entre el rumor,
la abeja entre el romero
nueva vida aspiró.

Los cielos sonreían
con su celeste azul

dando la bienvenida
al infante Jesús.

La nieve tapizaba
toda la serranía,
y en su triunfal carrera
el sol resplandecía.

Oh día venturoso
que nace un nuevo Sol,
cantemos sin reposo

las glorias del Tabor.

El ave del parnaso
melíflua cantó
de aquel dichoso día
las glorias del Tabor.

Y porque hoy no se duerme
yo tocaré el tambor,
quiero cantar alegre
las glorias del Tabor.



AL DESPERTAR.

Después que amanece el día
te saludamos:
no quiera Dios, María,
que te ofendamos.

Buenos días, Virgen pura,
este día que amanece
no quisiera, por quien sois,
de modo alguno ofenderte:
y para que así suceda

tras mí mismo andaré siempre,
antes morir que pecar,
Señora, que de esta suerte
he de lograr el consuelo
al morir, que Tú me digas:
siervo mío, ven al cielo.
Por siempre, Amen,
con entusiasmo
gracias te den.

(Autorizado según la ley vigente.)

MADRID.—Despacho: Juanelo, 19.